

Zola: el *Figaro*, l' *Écénement*, el *Gaulois*, el *Voltaire* y el *Gil Blas*, á los cuales está suscrito. La correspondencia es numerosa desde hace algunos años, y se ve obligado con frecuencia á no con-testarla.

A las cuatro ha revisado ya el correo. Si el tiempo está bueno y no hay pruebas que corregir, Zola y sus amigos se embarcan en «Nana», una barca pintada de verde, y se trasladan á la isla de enfrente, donde el novelista ha hecho construir un *chalet*. Allí se charla, se pasea, se lee, se tiende uno sobre la hierba, á la sombra de los grandes árboles, «se hace de Robinsón» y no se vuelve á tierra firme sino para comer, á veces después de un largo paseo en canoa.

La comida es á las siete y media. Levantado el mantel, después de una charla acompañada de una taza de té, y algunas veces después de una partida de billar, este perfecto burgués sube á acostarse á eso de las diez. Todas las lámparas se apagan, excepto la suya. Zola lee hasta una hora avanzada de la noche.

Además de la antigua casita, aumentada con una gran construcción cuadrada que parece una torre, ha hecho edificar un pabellón que contiene habitaciones para los amigos. Estos son siempre los mismos, los amigos de toda la vida, que van á visitarlo á Medan.

Concluiré estas notas biográficas con una anécdota.

Emilio Zola, que en 1871 había estado á punto de ser sub-prefecto de Castel-Sarrazin, corrió peligro de ser condecorado en 1878. La historia

exacta de esta condecoración merece ser referida con mayor motivo, porque han circulado sobre ella versiones extrañas.

Un jueves, M. Georges Charpentier, que había ido á ver á Zola, lo llevó aparte y le dijo:

—He aquí lo que pasa: Daudet comía el otro día en casa de M. Bardoux, y consultado por él sobre las personas que debía condecorar, os ha nombrado el primero... M. Bardoux ha respondido diciendo que era cosa hecha... Además, quiere evitaros la molestia de una petición por escrito. Una simple visita bastará, y le complacerá mucho.

Y M. Charpentier añadió:

—Esto tiene contrariado á Daudet, pues no sabe cómo tomará usted la cosa. Ignora la manera de pensar de usted y teme haber obrado de ligero sin haberle hablado antes.

Un poco sorprendido, Zola no pudo ocultar que hubiera preferido que no se hubiesen ocupado de él; que no había pedido ninguna cruz y que no tenía intención de pedirla nunca; pero, en fin, que iría á ver á M. Bardoux, uno de los grandes amigos de Flaubert.

Además, supo en seguida que también Flaubert había pedido para él una condecoración al ministro.

Algunos días después fué á ver á M. Bardoux, acompañado de Daudet y de Gustavo Droz. El ministro, con una discreción de buen gusto, no habló de la cruz sino en el umbral del despacho, comprometiéndose de una manera breve y formal para el mes de Julio próximo.

He aquí, pues, á Zola en vísperas de ser con-



decorado, si no á su pesar, al menos sin haberlo querido. M. Bardoux no se encontraba en presencia de un reporter sin decirle:—«Voy á condecorar á Zola; ¿qué os parece?» De este modo todo París supo en seguida que el ministro iba á tener el valor extraordinario de condecorar al autor de *l'Assommoir*. Y éste, inquieto por el ruido que se hacía, decía sonriendo:—«Si lo hace, menos mal. Pero si no lo hace me pone en ridículo.»

Llegó Julio y M. Bardoux, que había distribuido muchos honores, no condecoró al novelista. Se refiere que en el último momento, el director de un periódico serio dijo al ministro:—«Condecorad á X; es viejo y no tiene talento, mientras que á Zola le sobra tiempo para esperar.» Gustavo Flaubert, furibundo, había escrito á Bardoux: «¡Eres un... cualquier cosa!» Daudet, desolado, fué á verle para decirle cuánto sentía haberle metido involuntariamente en aquel estúpido asunto.

Todo se hubiera olvidado si el excelente Bardoux no hubiese comenzado á decir otra vez ¡que quería condecorar á Zola!

Entonces fué cuando éste comenzó realmente á incomodarse. Por consideración á Flaubert y á Daudet no se atrevía á romper bruscamente, á pesar de los grandes deseos que tenía de hacerlo. Por otra parte, Flaubert, siempre bueno, siempre fácil de engañar, le juraba de nuevo que Bardoux ardía en deseos de «coronar su ministerio» condecorándole.

Llegó Enero. El ministro se había expandido de tal modo con los reporters, que todo el mundo esperaba ver esta vez el nombre de Zola en la lista.

Pero el famoso estudio sobre «Los novelistas contemporáneos», escrito primero para una revista rusa, había aparecido en Diciembre en el *Figaro*, y todos

sus colegas trataban al crítico como hombre indigno de formar parte de la literatura francesa. De tal modo, que el día en que M. Bardoux propuso tímidamente el nombre de Zola á su jefe de gabinete, éste respondió solemnemente:—«Señor ministro, eso no es posible; os va en ello la cartera.» Por segunda vez Zola dejó de ser condecorado.

Nuevo furor de Flaubert contra el ministro. Nueva desesperación de Daudet. Desde esta época, cuando se habla de condecoraciones delante de Zola, dice con aire burlón, como hombre cuya ambición está satisfecha y que está decidido á no aceptar nada:

—Yo estuve á punto de ser condecorado por Bardoux: esto me basta.



Tarjeta de invitación del banquete ofrecido por los editores de Zola para festejar el final de la serie de los «Rougon-Macquart».